

enciclopédico frente a la puerta, porque no sabía quién podía venirme a matar, aunque yo no intrigué nunca, ni conspiré, ni usé del toma y daca, pues sólo estuve abstraído en mis cosas para ver si podía dar a mis contemporáneos una visión más exacta de la vida y de la ilusión, que fuese original.»<sup>9</sup>

En agosto de 1936 tomó la decisión de marcharse a América; después de todo su mujer, Luisa Sofovich, era argentina. La oportunidad de que el Congreso del P.E.N. Club —*Ramón* era con Azorín fundador del P.E.N. Club de Madrid— se celebrase en Buenos Aires, le proporcionó el pretexto.

Se pasó dos noches rompiendo papeles —originales, esbozos—, envió por correo a Buenos Aires «treinta grandes paquetes con las obras que había escrito a través de la vida», y entregó a la portera las llaves de su piso con la siguiente instrucción: «Cuando pasen diecisiete días quédese con todo lo de la casa». Otra vez volvió a perder todo, sus muebles, sus recuerdos, sus libros. Mas lo hizo porque tenía la convicción de que «si me hubiese quedado hubiera sido el que habría encontrado menos de comer que nadie».<sup>10</sup>

Es inevitable pensar con enorme consternación en el destino de todas estas bibliotecas de *Ramón*, mal vendidas, destruidas, como tantas de tantos otros grandes españoles.

Sabido lo anterior, la biblioteca conservada en el Museo Municipal de Madrid es —o debe ser— la cuarta biblioteca de *Ramón*, la que reunió en Buenos Aires a partir de septiembre de 1936.

En este encuentro con los libros de *Ramón* me refiero *en exclusividad* a los de autor iberoamericano, excepcionalmente —por razón de estar integrados en una colección— a alguno no de autor pero sí de tema iberoamericano. Porque en mi intento al utilizar esta vía, estaba el propósito de, a través de sus libros, poder acercarme a pulsar el grado de conocimiento, contactos, fuentes, atracción que enlazaba el universo intelectual de RAMON con el universo espiritual y cultural iberoamericano.

En términos generales, la biblioteca ramoniana que ha llegado a nosotros está formada por un conjunto bastante modesto, cuantitativa y cualitativamente hablando, y si nos limitamos a los libros de autor iberoamericano, el balance no puede tener otro calificativo que desolador.

*Ramón* fue protagonista de un mundo literario en el que, durante años, iberoamericanos y españoles vivieron muy fundidos. España —años 20, 30, hasta 1936, es obvio— fue centro editorial de lanzamiento y divulgación de los escritores iberoamericanos más brillantes, muchos de los cuales, incluso, tuvieron en España su residencia durante largos períodos. Puede decirse que a todos conoció y que con todos convivió *Ramón*.

Las obras de ellos, que indudablemente tendría, se fueron perdiendo entre pagos en especie y la huida de Madrid. Así, no puede extrañarnos que solamente existan cinco libros con fecha de edición anterior a 1936:

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 610.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 611.

*El viaje a Nicaragua e historia de mis libros y Prosa dispersa*, de Rubén Darío; los dos edición de 1919.

*Poetas españoles que vivieron en América*, de Mario Méndez Bejarano, edición de 1929.

*El retorno de los galeones (intercambio de influencias literarias entre España y América)*, de Max Henríquez Ureña, edición de 1930.

*El libro de mi proceso*, de José Santos Chocano, edición de 1931.

Pero, a partir de septiembre de 1936, Ramón vivió en Buenos Aires, un lugar referencial para seguir vinculado al mundo de las letras y al contacto con sus creadores. En *Automoribundia*<sup>11</sup> alude a su relación con Oliverio Girondo, Eduardo Mallea, Macedonio Fernández, Adolfo Mitre, Mujica Láinez, Jorge Luis Borges, Muñoz Azpiri, Enrique Larreta, Victoria Ocampo. Pues bien, entre sus libros no hay ninguna obra de ellos, excepto la *Antología fantástica*, de Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares.<sup>12</sup>

Otro tema es el de las dedicatorias.

El contenido iberoamericano de la biblioteca de Ramón se compone de 116 libros, dos de los cuales no fueron propiedad de Ramón y 70 pertenecen a una colección, la «Buen Aire», de Emecé Editores, Buenos Aires, en la que no todos los volúmenes son de autor iberoamericano.

En este conjunto sólo hay siete libros dedicados; uno, precisamente de los que no son suyos, y otro que no es propiamente un libro.

Romualdo Brughetti, *Dieciocho poetas del Uruguay*: «A Ramón Gómez de la Serna. Homenaje de Brughetti».

Álvaro de las Casas, *Sonetos brasileños*: «Al estimado amigo Ramón Gómez de la Serna. Cordialmente. Las Casas. Buenos Aires, 16-9-41».

Máximo Etchecopar, *Esquema de la Argentina*: «A Luisita con mi admiración literaria y un recuerdo especial de un enternecedor artículo donde cuenta la última visita de Alfredo de Musset al Louvre. Buenos Aires, 24-4-56».

Marta Giménez Pastor, *Después de noviembre* (poemas): «A Ramón Gómez de la Serna con un expresivo saludo. Buenos Aires, 15-10-53».

Gyula Kósice, *Peso y medida de Alberto Hidalgo*: «A Ramón Gómez de la Serna, las dos manos amigas de [ilegible]».

Aurelio Miró Quesada, *Martín de Porres en el arte y en el folklore* (conferencia): «Para Ramón Gómez de la Serna estas palabras sobre una de las figuras más poéticas de nuestro retablo místico, con un afectuoso saludo de: A. Miró Quesada S. Lima, 1939».

Emilia Rabufetti, *Poemas*: «Al gran Ramón, maestro de metáforas y creador de greguerías, con mi profundo agradecimiento y mi inmensa admiración. Buenos Aires, 3-2-58».

<sup>11</sup> *Ibíd.*, p. 684.

<sup>12</sup> *Entre los libros de la Colección «Buen Aire», de Emecé, hay uno de Adolfo Mitre y dos de Enrique Larreta.*

Hay otro libro, *Ceniza en el tiempo* (poemas), de Augusto González Castro, numerado como ejemplar n.º 58, en el que consta: «Impreso especialmente para Ramón Gómez de la Serna y Luisa Sofovich». Este libro, por cierto, está sin abrir.

Si restamos los 70 volúmenes de la colección Emecé, que constituyen una unidad y están colocados juntos en una de las estanterías, más los dos que no eran de *Ramón*, vemos que de los 44 restantes, la cuarta parte son poesía. De ello, lo único importante, dos libros de Neruda y la *Antología Lírica*, de Julio Herrera y Reissig, ejemplar visiblemente muy usado.

La narrativa es escasa y entre ella, justo, el otro libro que no es suyo, la novela *En las calles*, de Jorge Icaza, edición de Losada, 1964. Recordemos que *Ramón* murió el 12 de enero de 1963.

Podemos admitir que instalado en Buenos Aires, *Ramón* no tuviera interés ni medios para reponer todo lo que había perdido, toda la obra inmensa de los consagrados en el primer tercio del siglo. Pero, ¿y lo de después, toda la aportación iberoamericana de los años 40 y 50?

La relación del *contenido iberoamericano* de la biblioteca de *Ramón*, insertada a continuación, es tan clamorosamente elocuente por las ausencias que hace inútil cualquier comentario.

Del hombre, del creador que ha trascendido en el tiempo, no cabe sospechar que estuviera de espaldas a lo iberoamericano. *Ramón*, no.

Entonces, barajando hipótesis, sólo se puede pensar que lo que con tan buena y loable voluntad adquirió el Ayuntamiento de Madrid, es sólo una parte «seleccionada» de los libros de *Ramón*.

## María de las Nieves Pinillos

